

## ***Consumo de Vanidades: Afeites, galas y adorno en la mujer española del Seiscientos.***

Prof. Dra. Margarita Torremocha Hernández.  
Universidad de Valladolid.

*Las mujeres inventaron excesivo gasto a su adorno, y así, la hacienda de la república sirve su vanidad. Y su hermosura es tan costosa y de tanto daño a España, que sus galas nos han puesto en necesidad de naciones extranjeras para compra, a precio de oro y plata, galas y brujerías.  
Francisco de Quevedo.*

Los adornos que han utilizado las mujeres a lo largo de la Historia han recibido generalmente negativas valoraciones por parte de los hombres<sup>1</sup>.

**En la literatura de carácter moralista**, en general la postura de teólogos y confesores es contraria a los afeites y las galas excesivas. La razón fundamental estriba en que su uso está destinado a modificar la presencia física que Dios le ha dado a cada una –ofendiéndole al intentar transformarla- haciendo uso de productos que llevan a los demás a una apreciación falsa de la persona. Todo ello lo traducen en un deseo de engaño a sus congéneres en general y, particularmente, a los hombres. Ese artificio, entienden, además, que está destinado a pervertir, a hacer pecar al varón. Como señalaba Gaspar de Astete: *sí tú vas por la calle vestida con suntuosos vestidos, no echas de ver que llevas tras de ti los ojos de todos, y atraes los suspiros de los mancebos, y engendras en ellos el fuego de la concupiscencia ... y aunque te parece que tú no te pierdes, ¿no ves que pierdes a los otros??*

Algunos de estos escritores, teólogos, moralistas y confesores, censuran sin remisión todo tipo de engalane, como hace Francisco de Osuna en *El norte de los Estados*, cuando dice: *(La mujer) se añade tales colores, que no dirán cuando está afeitada y relumbra, sino que el ángel de Satanás se transformó en ángel de luz, para engañar a todos los que no miran ni paran mientes sino a lo que se muestra de fuera. ¡Oh mujer afeitada y endiablada, acicalada como espada para atravesar el corazón desarmado ... serás culpada por haber encendido y pegado fuego a los cuerpos de muchos cristianos ... matas a los hijos de Dios haciéndoles pecar deseándote ....* Tiempo atrás, Fray Luis de León, decía: *¿Qué pensáys las mugeres que es afeytarse? Traer pintado en el rostro vuestro deseo feo. Más no todas las que os afeytais mal. Cortesía es creerlo. Pero si con la tez del afeyte no descubris vuestro mal deseo, a lo menos despertáys el deseo ageno. De manera que, con esas posturas suzias publicáys vuestra suzia ánima o ensuzyáis la de aquellos que os miran. Y todo es ofensa a Dios.*

Efectivamente, de forma general, se puede admitir que la mayor parte de estos escritores apostaban por condenar los afeites de las mujeres. Antonio Marqués, autor de la obra *Afeite y mundo mujeril*, en 1617, obra de referencia clave en este trabajo, y en su época, a priori no se muestra totalmente opuesto, *porque el traer uno galas y afeites, de suyo no es malo ni bueno, sino muy indiferente, y la bondad o la malicia que en ello pudiere haber pende de la*

---

<sup>1</sup> Así se pone de manifiesto en el artículo de Isabel Colón Calderón (“De afeites, alcoholes y hollines”, *Dicenda. Cuadernos de Filología Hispánica*, nº13, Madrid, 1995, 65-82) en el que se señalan muchas más críticas que defensas a los afeites femeninos, en esta época.

<sup>2</sup> Gaspar de Astete, *Tratado del gobierno de la familia y estado de las viudas y doncellas*, 1603.

*intención y ánimo del que los usa, por lo cual, si el fin es bueno y honesto, tan lejos está de que dé en cara de Dios, que antes, para mostrar que no le desagrade, echa sobre ello su bendición.* Sin embargo, pese a esta aparente permisividad en el desarrollo de su obra hace ver lo contrario.

En cualquier caso, por su parte y por la de otros muchos autores, no se trata de una valoración que puede ser universal para todas las mujeres. El grado de aceptación del uso de la cosmética como elemento de adorno en la mujer depende no de la categoría social de esta sino, como es costumbre a la hora de establecer categorías para la mujer en el Antiguo Régimen, varía según su condición con respecto a los hombres: doncella, casada, viuda o monja. Sin duda alguna, no todas ellas han de medirse por el mismo rasero.

Partiendo de la idea de que la mujer acude a las galas con una finalidad determinada, la de atraer al hombre mediante el engaño, se establecen diferencias entre las mujeres. En los distintos estados de la mujer se sustenta la existencia de excepciones en esta materia, como en toda cuestión moral. Doncella, casada, viuda o religiosa no están en igualdad ante el uso del cosmético, porque no lo están con respecto a la sociedad. Si la mujer es casada algunos autores como Antonio Marqués, justifican el uso del afeitado: *Otra causa puede haber justa del afeitado y adorno de las mujeres ... es cuando gusta y convida a ello y aún lo manda el marido*<sup>3</sup>. Él mismo autor insiste: *De todo lo cual se echa de ver que no es malo, ni desusado el afeitarse una mujer para dar gusto a su marido. Y particularmente ser bonísimo cuando con esto al marido, aunque lo manda le quita su afición a otras mujeres, para que se contente con lo que tiene en casa, sin ir a mendigar a puertas ajenas lo que no es lícito a nadie codiciar*<sup>4</sup>. Aunque esta visión es de las más permisivas. Más de un siglo después, el Padre Arbiol rechazaba el argumento de gustar al marido a través de las galas: *¿Y cómo pueden parecer virtuosas con galas y trages, que más tienen de viciosos que de virtud? Si dicen, que visten a gusto de sus maridos, ya saben muchas, que sus maridos gustarían de gastar menos en vestirlos, y que tal vez gastan más de lo que tienen, por no disgustarlos. No hay cuidado que la casa donde entra una señora muy aficionada a galas y trages nuevos se haga muy rica*<sup>5</sup>. Más expresivo es el refranero en su sentencia sobre la importancia que las mujeres dan por sí mismas al arreglo personal, sin tener que justificarlo por los intereses de la relación con sus maridos, cuando dice, por ejemplo: *Mujer de ciego ¿para quién se afeita?*<sup>6</sup>.

Para las solteras, *doncellas que aspiran a subir al tálamo del santo matrimonio, es muy lícito el afeitado y engalanarse con moderación según su estado, porque tienen delante el fin de aficionar más con aquello a aquél que lícitamente desean por esposo u otro con quien no les esté mal el casarse. Así lo enseña el angélico Doctor, y con él la corriente de los teólogos.* Sin embargo, ello no les permite transformar en tal medida su persona que el casado desconozca con quien se casó realmente, como satirizan algunos autores de nuestro siglo de Oro. Marqués resume el fin de las galas en las mozas: *granjear con su hermosura maridos convenientes.* Sin embargo, no se podía permitir un uso y, menos un exceso, de adornos para aquellas que estaban por casar, cuando lo que para ellas se prescribía no era la libertad de lucirse, sino un recogimiento mayor aún que para las casadas. *Es la doncella como la polilla que vive en el cofre, en lo más encerrado y oscuro, y en poniendo las ropas, al oro en la ventana muere la polilla. Así es la castidad de la doncella que vive en el retiro de sus casas, en queriendo orearse por las calles y ponerse a la ventana, muere como la polilla cuanto al buen crédito*<sup>7</sup>.

<sup>3</sup> Antonio Marqués, *Afeitado y mundo mujerial*, Juan Flors (ed.), Barcelona, 1964, 23.

<sup>4</sup> *Ibid.*, 25.

<sup>5</sup> Antonio Arbiol, *Desengaños místicos a las almas detenidas, o engañadas en el camino de la Perfección: Discúrrense las más principales causas y razones, por qué siendo tantas las personas que tratan de oración mental son tan pocas las que llegan a ser perfectas ...*, publicado por A. Sotos, 1784, 80.

<sup>6</sup> Gonzalo Correas, *Vocabulario de refranes y frases proverbiales*, Madrid, 1992.

<sup>7</sup> A. Marqués, *Op. cit.*, 185.

En las viudas, *que no son para casar no corre esta doctrina*. Para ellas el afeite, y el mundo mujeril, habían acabado, en cualquier momento y versión. La literatura de todo tipo con respecto a las viudas es dura, cuando no cruel. Fallecido el marido debían estar muertas al mundo, *al siglo*. *La buena viuda aprenda a serlo de veras, y advierta que cuando la casaron, de ella y de su marido se hizo una misma carne, y así forzosamente muriéndose el marido, quedó muerta la mitad de ella, y por eso las tocas, que llegan hasta la mitad del cuerpo, son como mortajas, por ser la mitad de su cuerpo muerto y haber de estar amortajado*. Estas eran viudas de Dios, aunque había otras muchas que son más bien calificadas como *viudas de burla* y *viudas del diablo*<sup>8</sup>. Estas entre otras cosas, *andan llenas de olores y afeites, dando lustre al rostro con vinagres destilado, con aguas de habas y boñigas de buey refrescan la tez, ablandan la carne con aguas de almendras y pèrsigo y con zumo de limón*. La sabiduría popular sentencia acorde con lo manifestado en esta literatura: *Viuda que se arrebola, para mí que no duerme sola*.

Con respecto a las monjas, A. Marqués, en su libro II, titula el capítulo octavo así: *No tienen excusa ninguna los afeites y galas en las monjas y en las que tienen hecho voto de castidad*. No puede ser más rotunda su manifestación. Recoge la afirmación de San Ambrosio, de que *la que por voto de castidad ha tomado a Cristo por esposo ha juntamente con esto alzado mano del aderezo del mundo y de todas sus galas, sin pretender en nada agradarle*.

Pero ¿no se piensa en el agrado propio que puede tener la mujer –cualquiera que sea su estado- en su propio arreglo personal? Esa razón es desterrada. A. Marqués se opone a los que consideran que esta es un motivo que justifique el adorno: *dicen que es para hacer perder tierra a la tristeza y melancolía que padecen, que ésa es para bobos, que los sabios conocidamente saben que las tales son más que alegres*. Sin considerar pues la opinión femenina, el adorno no conviene a la mujer, aunque sin duda alguna atrae a los hombres, que se pierden al ver la hermosura artificiosa que con él se genera. Quizás por ello se esgrimen otro tipo de argumentos, al señalar que, independientemente de la condición o estado, indica este mismo autor, dando título a su capítulo XIII, que *es la virtud y hermosura espiritual la que hace lustrar la corporal de donde ella mana*, mostrando así su rechazo por el aderezo exterior.

Otras muchas consideraciones se mantienen en esta literatura, así como la rapidez con que se marchitan tantos adornos femeninos, la escasa capacidad de encubrir la fealdad, el abuso de una estética en extremo artificiosa, la inutilidad de un engalane que una mujer decente no debería lucir, ya que su lugar era el hogar, etc. En general, las galas y los afeites son condenados. Así, se les exhorta a los predicadores que disuadan a las mujeres de usarlos desde el pùlpito. En el *Arte o Instrucción ... que ha de tener el predicador ..* de Francisco Terrones del Caño, se recomendaba esta materia para predicar especialmente el día de la Magdalena<sup>9</sup>.

Finalmente, los ataques se centran en aquello que los afeites pueden hacer de mal a las mujeres que los utilicen. Son en su mayoría prácticas que perjudican la salud y por ello, porque esta no es una hipótesis, sino que se pueden constatar los efectos, recomiendan que abandonen su uso. Antonio Marqués las advierte desde las primeras líneas de su libro: *Las afeitadas se hagan en breve tiempo viejas, pues es verdad que el afeite les marchita el buen color y mata la gracia natural, cómeles el lustre de la cara, causa arrugas en ellas, ennegrece y destruye los dientes y encías, las pára más sucias que un muladar, y hace otras pesadas suertes en todo el rostro*<sup>10</sup>.

Por su parte, la apreciación que se hace en **la literatura de costumbres** no fue más proclive que la de los moralistas a la afición femenina por el afeite y engalane. Al menos estos autores no lo fueron cuando lo analizan y exponen a través de sus plumas, aunque no lo denostaron tanto cuando veían a una mujer bien vestida, con una buena piel, un atractivo peinado, etc.

---

<sup>8</sup> Ibid, 194.

<sup>9</sup> Edición de Félix García Olmedo, Madrid, Espasa-Calpe, 1960.

<sup>10</sup> Antonio Marqués, *Op.cit.*, cap. I., 14.

En la literatura de la época no faltan condicionantes morales y moralizantes, no falta la ironía, la crítica, y desde luego el análisis económico de un gasto que realizaban las mujeres y corría con frecuencia del bolsillo de los hombres. Era la economía personal y hasta la del reino la que se ponía en peligro con los numerosos artículos que cada mujer necesitaba para aparentar belleza. Existía el sentimiento reiterado de que en estos tiempos pasaba más que en otros, pero, no obstante, se hace historia de las prácticas feminiles y se encuentra antecedentes de todas y cada una de ellas desde la antigüedad. Se quejaba Francisco de Quevedo de que *Las mujeres inventaron excesivo gasto a su adorno, y así, la hacienda de la república sirve su vanidad. Y su hermosura es tan costosa y de tanto daño a España, que sus galas nos han puesto necesidad de naciones extranjeras, para comprar, a precio de oro y plata, galas y brujerías*<sup>11</sup>.

Y todo ello, cuando algunas solo conseguían resaltar sus defectos físicos, sin lograr en su mayor parte disimular ni la fealdad ni la edad con ungüentos y potingues. Quevedo, deja clara su opinión en numerosas ocasiones.

*Hermosa afeitada de demonio.  
Si vieras que con yeso blanqueaban  
las albas azucenas, y las rosas  
vieras que, por hacerlas más hermosas,  
con asquerosos pringues las untaban,  
si vieras que al clavel le embadurnaban  
con almagre y mixturas venenosas  
diligencias, sin duda tan ociosas,  
a indignación, dijeras, te obligaba.  
Pues lo que tú, mirándolo, dijeras,  
quiero Belisa, que te digas cuando  
jabelgas en tu rostro las esferas.  
Tu mayo es bote, ungüentos chorreando;  
y en esa tez, que brota primaveras,  
al sol estás y al cielo estercolando.*

No obstante, la literatura es prolija en relatar el aspecto externo de los personajes que describe, tanto en la novela como en el teatro. Se describe cómo visten y la apariencia antes de detallar cómo son los protagonistas en su carácter. Se habla primero de lo que se ve primero. Este tipo de relación no se centra en las mujeres, sino que es igual de intensa a la hora de hablar de los galanes. Sin embargo, aunque la hermosura y lo apuesto es un valor a destacar en los hombres, en ellos se estiman otras cosas como el linaje, los recursos económicos, la hombría, el valor, la formación, la inteligencia.

Por contra, la hermosura, es junto a la honra y el linaje las cosas que más se valoran en una mujer. La belleza es una cualidad esencial para ellas. Como decía Castiglione en *El cortesano*, *es mucho más necesaria en la dama que en el cortesano; que ciertamente a la mujer que no es hermosa, no podemos decir que no le falte una muy gran cosa*<sup>12</sup>. Una de las pocas escritoras femeninas reconocidas de esta etapa, María Zayas, en su *Desengaño Octavo* dice, a través de su personaje, doña Francisca: *Pues parece que por lo admirable de ver juntas en una mujer nobleza, hermosura, riqueza y virtud, no sólo admira, mas es imán que se lleva tras sí las voluntades* (*Desengaños*, 372). En definitiva, el peso social que se concedía a la imagen en el Siglo de Oro era grande para todos, pero si cabe más para las mujeres.

### **Los productos para el afeite.**

---

<sup>11</sup> Francisco de Quevedo, *España defendida y los tiempos de ahora*, 1609.

<sup>12</sup> Castiglione, 1994.

Definía A. Marqués el afeite, como *todo el aderezo y sobre puesto que se pone a alguna cosa para que parezca bien, especialmente el que las mujeres se ponen en la cara, dientes, manos y cuello para parecer blancas y rojas, aunque de suyo sean negras y descoloridas*<sup>13</sup>.

Muchos son los productos que la mujer utilizaba para su adorno, la mayor parte de ellos centrados en la transformación del rostro. En un texto de Lupercio Leonardo Argensola se exclamaba: *¿Quién podrá numerar las garrafillas/ dedicadas al sucio ministerio/ ungüentos, botecillos y pastillas?*<sup>14</sup>. La obra anónima titulada *Manual de mujeres en el cual se contienen muchas y diversas recetas muy buenas ...*<sup>15</sup>. es una muestra de todo lo que se puede usar en la elaboración de ungüentos y pomadas, recetas de cosmética natural se prodigan en él, junto con otras de tipo homeopático.

Se utilizan elementos de naturaleza animal: buey, cabra, cerdo, ciervo, codorniz, coral, cuervo, erizo, gallina, golondrina, hormiga, rata, sepia, ...; de origen mineral, como alcanfor, amoníaco, antimonio, arcilla, bórax, cal, mármol, oropimente, plomo, sal, vidrio; o vegetal, tales como la aceituna, la almendra, el altramuz, arroz, avena, azahar, cebada, ciprés, clave, calco, col haba, higo, incienso, jengibre, laurel, manzana, mirra, mirto, opio, puerro, rosa, raíz de sauce, serbal, zarza, etc. El mencionado manual usa y puede ser que abusa del uso del azúcar –ya sea blanco, rosado o candí- en muchas de sus recetas. Mejor lo expresa Lope, a través de su personaje Dorotea en *La bella malmaridada*,

*Traigo lindas aguas claras,  
para el rostro y bellas mudas,  
y si del afecto dudas,  
son peregrinas raras,  
de alcanzar de Lima y lirio,  
de azucena y hiel de vaca  
que cada cual la tez saca  
limpia y blanca como un cirio;  
traigo del huevo enterrado  
la rica destilación,  
y alguno untos que son  
de olor y efecto extremado,  
de gato, culebra y hombre,  
que remoja a quien le usa,  
y aquello que no se excusa  
que tiene el turco por nombre;  
traigo aceite de cristal  
que es rico para los dientes,*

*y otros polvos diferentes,  
de drago, río y coral,  
palomina y porcelana,  
y otros contra el negujón,  
y que para el olor son  
medicina soberana;  
traigo para la cabeza  
y el ojo sahumeros ricos  
para los grandes y chicos,  
y otros contra la tristeza;  
traigo espliego, almea, helecho;  
traigo hinojo de la mar;  
traigo manteca de azahar  
para el cabello y el pecho,  
bujetas de algalia fina  
y de almizcle y algodón,  
hecha cierta confacción*

....

Aunque esos mismos productos naturales se podían vender con más artificio y literatura, de tal manera que por ellos se podía sacar un dinero superior a su precio real.

*Estuches traigo también,  
y librillos de memoria,  
pero ha rompido su historia;  
yo digo entre dientes quién,*

*limón traigo hecho con oro,  
aceite de ámbar, jazmín,  
de perlas, de azahar, en fin,  
traigo de todo un tesoro;*

<sup>13</sup> Antonio Marqués, *Op. cit.*, cap. I., 13.

<sup>14</sup> Argensola, *Lupercio Leonardo, Rimas*, ed. J. M. Bleuca, Madrid, Espasa-Calpe, 1972, 100.

<sup>15</sup> Biblioteca Palatina de Parma, Mss. 834, edición de Alicia Martínez Crespo, Salamanca, Universidad, 1995.

*traigo color de Granada  
y resplandor de Sevilla,  
y de almizcle y cochinilla  
una cerilla extremada;  
traigo aceite de rasuras,  
flor de romero al caer,  
palos de malva, si hacer  
los dientes perlas procuras,  
huevos de gallina negra,  
sacados por alquitara,  
agua que limpia la cara,  
le da buen color y alegre,*

*miel virgen traigo labrada  
con solimán y limón,  
y traía un buen jabón  
de una receta extremada,  
y un cierto conde extranjero  
que tiene un nombre romano,  
muy gallardo y cortesano,  
hombre de mucho dinero  
que vive en San Luis, me ha dado  
por lo que valía un escudo  
treinta o cuarenta.*

Todos estos productos tenían un complemento para comprobar el resultado perfecto en el espejo. *Entre la balumba de instrumentos de vanidad que las mujeres de Jerusalén tenían en sus casas tocantes al aderezo de sus personas, uno era, y no el menos principal y de estima, el espejo, mapa mundi de todas ellas, pues mirando en él veían como en mapa todo el mundo mujeril puesto en su cuerpo*<sup>16</sup>.

### **“La cara de las hijas de Eva” o recomponer el rostro por partes.**

#### **El pelo.**

El cabello era un elemento exterior que siempre se había valorado, estimando, en varias épocas y culturas, un castigo el cortarlo, de tal manera que el que carecía de él tenía una mala consideración social (*leemos en las historias sagradas y profanas que cortaban el cabello a los delincuentes como los alemanes a la mujer adúltera. ... y hoy lo vemos en los galeotes y cautivos. ... Entre los chinos, cortarles los cabellos es injuria digna de muerte, porque tienen la honra pendiente de sus cabellos - dice Marqués*).

*... No solo el no tener uno cabello era señal de deshonor, sino también de tristeza y llanto. ... De aquí es que las mujeres por verse siempre en gloria y sin rastro de tristeza andan tan cuidadosas de tener cabellos, ahora sean propios ahora ajenos.* Huyendo de la calvicie se generalizó el uso de postizos en el pelo, que a su vez, en no pocos casos y, según algunos autores, había sido causada por los tratamientos tan duros que se aplicaban sobre los cabellos propios.

De la misma manera se persiguen las canas. *Mas ha llegado el fingimiento de los cabellos a tanto que las que por la edad no los gozan rubios sino de color de nieve, persuadidas que por los negros, no menos que por los rubios, han de parecer bellas, han dado en otro extremo que es o arrancarlos, poniendo en su lugar negros, queriendo ser antes calvas que canas*<sup>17</sup>.

Sin duda alguna, es importante destacar el color del cabello en la moda del seiscientos. La literatura extranjera reitera el tópico de la mujer castellana como mujer morena. Madame D'Aulnoy afirma: *Sus cabellos son más negros que el ébano y muy brillantes, aunque da la sensación que se peinan durante mucho tiempo con el mismo peine*<sup>18</sup>. Lo mismo afirma, pero exagerando notoriamente, uno de los viajeros de este siglo, el emisario francés Juan Herald. Este, para llevar a cabo las negociaciones que le había encargado Condé residió durante un tiempo en España, con casa abierta, en la que recibía a nobles castellanos. Relata que para amenizar la velada les daba algunas a veces un poco de música barata, con dos voces

<sup>16</sup> A. Marqués, *Op. cit.*, cap. 10, 95.

<sup>17</sup> A. Marqués, *Op. cit.*, cap. 7, 67.

<sup>18</sup> Madame D'Aulnoy, en J. García Mercadal, *Viajes de extranjeros por España y Portugal*, T.IV, Valladolid, 2000, 101.

solamente, una de las cuales era la de una muchacha alta y bien formada que cantaba bastante bien, y la única rubia que jamás he visto en España<sup>19</sup>. Ejemplo sin duda de la capacidad de los extranjeros de mantener los tópicos nacionales aunque visiten los territorios de los que hablan.

Un hecho a destacar es que el pelo no es visto igual por los autores masculinos si son oriundos o extranjeros. Mientras que los naturales hablan de la mujer bella castellana como una mujer rubia, los que llegan de fuera, como hemos dicho, siempre hablan de una mujer, más o menos hermosa, pero morena. Es significativo que prácticamente, solo se habla de pelo castaño por parte de las autoras femeninas. Tanto María Zayas en su *Desengaño*, como Mariana de Carvajal en *La industria vence desdenes*, colocan a la dama Zelima (que tiene *largos, ondulados y hermosos cabellos, que ni eran oro ni ébano, sino un castaño tirante a rubio*) y a Doña Leonor (*era el pelo de vara y media y de color castaño claro y rizado, de menudos rizos, dejando a la parte del rostro lo bastante para guedejas y copete*) respectivamente en un color de pelo poco usual en la literatura, pero quizás más corriente en la realidad.

No obstante, no se estilaba llevar el cabello de su color natural, sino adulterado con lejías (siguiendo la expresión de la época de *echar en adobo los cabellos*), habiéndose puesto especialmente de moda el color claro, que destaca con la creencia difundida en el extranjero de que todas las castellanas son morenas, como las moras. ...., o al menos lo eran en origen pero se transformaban con distintos productos. Quizás por ello el gusto más o menos extendido de convertirse en rubias, cuando *antiguamente solo las ramerías se preciaban de llevar los cabellos rubios*<sup>20</sup>. No obstante el uso del tinte se generalizó, y algunos hombres de edad también lo utilizaron para cubrir sus canas<sup>21</sup>. La *lejía para la cabeza* que se recomienda en el *Manual para mujeres* se debía realizar con *medio celemin de ceniza de sarmientos cernida, y una almazada de ceniza de retama. Poner una caldera de agua de río o fuente al fuego y, echar aquella ceniza dentro, y dejarle dar dos hervores, y luego apartarla y dejarla reposar hasta que se aclare. Y tomar tanta cantidad de aquella lejía como un azumbre, y echarla en un jarro vidriado, y echar dentro siete onzas de rasuras blancas quemadas y tapar el jarro. Rayar onza y media de jabón valenciano y echarlo dentro, y menearlo hasta que se deslíe. Y peinarse o espumarse la cabeza con esta lejía al sol, y después lavarse con otra lejía. Y cuando se peinaran sea con aceite de alegría*. La receta de *La Celestina*, para *enrubiar*, consistía en hacer lejías *de sarmientos, de carrasca, de centeno, de marrubios, con salitre, con alumbre e millifolia e otras diversas cosas*<sup>22</sup>. Digamos en resumen que la base de estas lejías fue el agua cocida con cenizas<sup>23</sup>.

Los autores varones consideran que lo que hacen las mujeres para transformárselo es de los más complejo y molesto: *puédese sin dificultad colegir por el estudio que ponen en curar sus cabellos con tantos y tan extraordinarios géneros de tormentos que, a tener uso de razón, si los sufrieran con paciencia, pudieran competir con los mayores mártires de la Iglesia*. Sin embargo, se hace relación de aquellos hombres maduros que acuden a los mismos sistemas. De hecho, el capítulo octavo de la obra de Marqués se titula: *Es muy más indecente afeitarse y engalanarse los hombres que las mujeres*. En él critica a estos ancianos por hacer *cosa muy ajena de semejante edad, desautorizándola con cubrir de tinta negra la nieve de sus cabellos. Las mayores galas de los viejos son el aparato de las canas, merecedoras por sí de todo respeto y veneración. La vejez, como invierno de la edad, nos compone, coronando de nieve los montes* ... Entre sus líneas no duda en denunciar esta costumbre tan indigna de un castellano, que afecta a todo el prestigio de un reino: *Digo, que entre los muchos abusos que España, como fértil*

<sup>19</sup> Juan Heraldo, en J. García Mercadal, *Op. cit.*, T. III, 572.

<sup>20</sup> A. Marqués, *Op. cit.*, cap. 7, 69.

<sup>21</sup> *Otro vicio muestran otro, y lo que es peor, los viejos en sus cabellos, cosa muy ajena de semejante edad, desautorizándola con cubrir con tinta negra la nieve de sus cabellos. Las mayores galas de los viejos son el aparato de las canas merecedoras por sí de todo respeto y veneración*. A. Marqués, *Op. cit.*, cap. 8, 81.

<sup>22</sup> *La Celestina*, XX, 76.

<sup>23</sup> Jesús Terrón González, *Léxico de Cosméticos y afeites siglo de Oro*, Salamanca, 1990, 144.

de ellos, ha resucitado de la gentilidad, uno es el llevar los hombres copetes o rizos, que ya el tiempo, como enfadado de tales usos, había con razón sepultado. Pero ella, preciándose ya más de mujeril que de aquella fortaleza con que hasta ahora su nombre fue terror a las demás naciones, tiene por gloria, no de verse en la cabeza el capacete, sino el copete, no con las plumas de soldados fuertes, sino con los rizos de niños muelles y mujeres imbeles y deshonestas<sup>24</sup>.

Pero el tratamiento del pelo no se reducía a los tintes. Las mascarillas capilares también existieron en la Edad Moderna. En el *Manual de mujeres* se da una receta de *untura para peinar la cabeza*, que debía dejar el pelo bastante graso, y con un insólito olor, puesto que se componía de *dos libras de tocino muy gordo y muy añejo hecho tajadas muy menudas*. Y puesto en una olla, poner con él un cuartillo de lejía de cabeza y cuatro maravedís de alholvas, y cuatro de linaza, y cuatro de alargey, y uno de sangre de drago, y otro de azafrán romi, y otro de cominos rústicos. Poner la olla al fuego con todas estas cosas, y después esté el tocino deshecho, colarlo con otra olla grande y echar dentro tres o cuatro lagartos. Y tapar la olla muy bien. Cuénzanla en el horno y, cocida, cuelenlá y guardenlá en un bote y peinesé con ella la cabeza. No es extraño, a la vista de este tipo de recetas, aceptar la opinión de Fray Luis de León cuando asegura que los materiales [afeite] los más asquerosos y la mezcla de cosas tan diferentes ... es madre de muy mal olor.

Estos cuidados debían culminar con la colocación o peinado del cabello. La forma de actuar responde también a unas determinadas modas. No está entre ellas, por ejemplo, el uso del sombrero. El portugués Pinheiro da Veiga, ante lo visto en la corte vallisoletana de Felipe III, observaba que *las damas empiezan a andar en cabello, y otras vuelven ya a los periquitos*<sup>25</sup>. Aunque el *Diccionario de Autoridades* no da una definición para periquitos si lo hace para la voz perico, que lo considera *una especie de tocado que se usaba antiguamente, que se hacía de pelo postizo y adornaba la parte delantera de la cabeza*. De hecho, al no llevar tocado las posibilidades de lucir y trabajar el cabello se multiplicaban. D'Aulnoy se extiende en las formas de adornarse la cabellera: *Llevan toda la cabeza llena de agujas, unas con pequeñas moscas de diamantes y otras con mariposas, cuyas pedrerías marcan los colores. Se peinan de diferentes maneras, pero siempre llevan la cabeza al aire; separan sus cabellos con raya a un lado de la cabeza y los ondulan sobre la frente, y de tal modo brillan que se podrían mirar en ellos. Otras veces se ponen una trenza de cabellos postizos, la peor hecha que cabría verse, y caen espesos sobre sus hombros, y es por miedo a mezclar los suyos, que son admirablemente bellos. De ordinario suelen hacer cinco trenzas, a las que anudan cintas o cordones de perlas; las unen por sus extremos sobre la espalda y en verano, cuando están en sus casas, las envuelven en un trozo de tafetán de color, guarnecido de encajes de hilo. No llevan gorros ni de día ni de noche. Las he visto que llevaban plumas tendidas sobre la cabeza como los niños pequeños. Esas plumas son muy finas y moteadas de diferentes colores, lo que las hace mucho más bellas. No se porqué no lo hacen también en Francia*. A través de estos comentarios, de nuevo observamos la valoración de estas prácticas como algo propio de Castilla en diferencia con otros modelos nacionales, siendo esta una de las escasas ocasiones en el que esta dama francesa, que quizás no vio nada de esto porque no estuvo en Castilla, piensa que se sigue en este reino alguna tendencia estética exportable a Francia, y no al contrario.

Estos trabajos se conocen como *hacer pelo*, o *hacer sortija*, cuando se trata de rizar el cabello artificialmente. El teólogo Antonio Marqués también nos relata algunas prácticas del cuidado femenino del pelo en el siglo XVII. En concreto nos da a conocer el método, *para dividirlos y repartirlos; les punzan con las agujas que llaman <<discriminales>>; para tenerlos lisos y blandos les dan cada día tormento de peines de bol, marfil y de plomo; para encresparlos es el tormento de hierro ardiendo en fuego y ese, para más padecer, lento; para enrubiarlos y*

<sup>24</sup> A. Marqués, *Op. cit.*, cap. 8, 78-79.

<sup>25</sup> Pinheiro da Veiga, ... en J. García Mercadal, *Op. cit.*, T.III, 780.

*volverlos de color encendido métenlo en lejías fuertes, con que las que los poseen se vuelven otras mártires, aunque no de Dios, sino del mundo. Pues de ahí les provienen continuas enfermedades de cabeza y corrimientos de dientes y muelas. Y refiere Galeno que vio morir muchas mujeres por la gran curiosidad que pusieron en curar el cabello con semejantes lejías. Sin llegar a estos extremos, y a juzgar por una receta popular, que recomendaba para el pelo sulfuro de plomo, cal viva y agua, es fácil admitir que el procedimiento no era cómodo para las mujeres.*

Todo este sufrir porque el pelo era uno de los apartados que más hermosura las podía aportar y es una de las referencias primeras que hace cualquier autor literario a la hora de presentar a una dama en la escena. Luego, en el desarrollo de la obra, las mujeres, usaban sus cabellos, *como sedales, pescar y como son lazos fuertes, cazar infinitas almas y mostrar su mucha liviandad y poca honestidad*<sup>26</sup>.

Juan de Zabaleta, en su obra *El día de fiesta por la mañana* entiende <sup>27</sup>que el peinado es una destreza que ejercen después de decorada la cara, es decir, como culminación de la larga tarea de afeitarse: *En teniendo el rostro aderezado, nuestra dama parte al aliño de la cabeza. Péinase, no sin algún trabajo, porque el cabello crecido es fuerza, y es fuerza en las mujeres el traerlo crecido. Recoge parte de él y deja parte libre, como al uso se le antoja. Pónese luego unas lazadas de cintas de colores y parece que tiene la cabeza florida. La tierra que lleva las más hermosas flores, es tierra: tierra es aquella cabeza con aquellas flores. La seda es gusanos hilados: la cabeza que hierve en gusanos no es sana cabeza.* En definitiva, se mantiene y reitera la idea de hermosura sin salud, o contra salud.

Los objetos para trabajar los cabellos eran también variados, aunque no tanto como cabía esperar. En principio, como es lógico, el peine. La francesa D'Aulnoy critica su uso pues a ella le *da la sensación que se peinan durante mucho tiempo con el mismo peine.* En una casa principal, como la de la Marquesa de Alcañices (*que es hermana del condestable de Castilla, ...*) *el tocado dispuesto, y aunque esa señora sea una de las más limpias y de las más ricas, su tocado estaba sobre una mesita de plata, y consistía en un tapetillo de las Indias, un espejo del tamaño de la mano, dos peines con un acerico, ...*<sup>28</sup>. Todo ello, lógicamente, con la ayuda indispensable del espejo. Tanto artificio encarecía mucho el cuidado, según la moda, del pelo, y como dijo Fray Luis de León, *muchas veces no gasta tanto un letrado en libros, como alguna dama en enrubiar sus cabellos.*

### **Los dientes y los labios.**

La tarea para lucir unos dientes bonitos pasaba por conservarlos todos, o comprarlos, y tenerlos blancos, aunque esto no significase limpios. El producto que se pudo usar más, a la hora de blanquear los dientes, porque para su costumbre influyó la facilidad para encontrarlo, quizás fuera el de la salvia. *Otro género de afeite es el albayalde, de color blanco, que los latinos llaman cerussa: ... le come el color natural y gasta la dentadura, por hacerse de polvos deshechos en vinagre fuerte*<sup>29</sup>. Utilizan también polvos de lentisco, y la almáciga, que se emplea para fortalecer los dientes masticándola y como dice Covarrubias en *El Tesoro de la Lengua Castellana, trayda en la boca ... corrige el aliento, descarga el cerebro y da gana de comer.*

Para ello, los tratamientos que se aplicaban a los dientes eran complejos. El *Manual de mujeres* mencionado recomienda el uso de unos polvos elaborados a base de cinco onzas de alabastro, cuatro onzas de porcelana, seis onzas de azúcar fino y una onza de coral blanco, con otra de canela y media de aljófara y otra media de almizcle. Todo había de ir triturado para

---

<sup>26</sup> A. Marqués, *Op. cit.*, cap. 7, 69.

<sup>27</sup> Juan de Zabaleta, *El día de fiesta por la mañana*, 1654, *La dama*.

<sup>28</sup> M. D'Aulnoy, en J. García Mercadal, .... T.IV, 101.

<sup>29</sup> A. Marqués, *Op. cit.*, cap. I, 16.

limpiarse con el polvo resultante los dientes, y después se recomendaba enjuagarse la boca con vino blanco tibio.

Pero se trata como hemos dicho de blanqueamiento, no se habla de limpieza, apartado en el que no entra la literatura, salvo en contadas ocasiones, y si lo hace, no es para recrearse en sus formas, sino en la ausencia de limpieza. Las irónicas críticas que hace Quevedo a sus amas literarias sobre el pésimo olor de sus bocas así lo muestran.

Las mujeres buscan blanquear sus dientes, mostrarlos como perlas, tal y como dice la metáfora, algo difícil por la continuada falta de limpieza y por las enfermedades que dejaban su rastro en las dentaduras. Sus esfuerzos no fueron menores que los que realizan con los cabellos. *Porque como echen de ver que en tener la dentadura blanca pinta o igual consiste gran parte de su hermosura y para el reír acarree no pequeña gracia hacen lo que pueden para tenerla.... Por eso no dejan ni polvos, ni licores, ni ungüentos que aprovechen que no se valgan de ellos; aplican, aunque sea con dolor agudísimo para librar o quitar lo que con fealdad sobresalen.*

Se trataba de conservar la dentadura, de mejorar lo existente, pues las mujeres desdentadas no eran hermosas. Por ello, a falta de materia prima buscan un remedio en tallar dientes falsos, de huesos blancos, perlas, marfil, el mejor material que se pueda para ensartarlos en sus bocas, en lo que la literatura llama *dientes comprados*. La autora María Zayas, en un relato irónico sobre una mujer que se acostó lozana y se levantó hecha un adefesio nos habla de esta costumbre. Con diversos productos había hecho parecer que era mucho más joven con intención de casarse. Pero a la mañana siguiente, *la buena señora mostró las arrugas de la cara por entero, las cuales encubría con el afeitte, que tal vez suele encubridor de años, que a la cuenta estaba más cerca de cincuenta y cinco que de treinta y seis, como había puesto en la carta de dote. Esa mañana, además de otros desarreglos, los dientes estaban esparcidos por la cama, porque como dijo el príncipe de los poetas, daba perlas de barato, a cuya causa tenía don Marcos uno o dos entre los bigotes, demás de que parecían tejado con escarcha, de lo que habían participado de la amistad con el rostro de su mujer habían hecho.*

En los labios, y para contrastar con los dientes, la mujer procura darse color, es decir, llevarlos pintados. Una práctica sencilla para conseguirlo era valerse de los pétalos de geranio, y otra algo más compleja era usar productos a base de mercurio para colorear los labios y eliminar las manchas.

Pero, el carmín de los labios pretendía destacar además de con los dientes con los rostros, que para ello se ponen blancos, igualmente de forma artificiosa. Quevedo en *La hora de todos*, rechaza con ironía las cubiertas que presentan los labios: *Las caras saben a caras,/ los besos saben a hocicos;/ que besar labios con cera/ es besar un hombre cirios.*

El mismo autor repetía en *Los Sueños*: *La cera de los oídos se ha pasado a los labios y cada uno es una candelilla*<sup>30</sup>

### **Los ojos**

Eran estos otro elemento obligado a destacar en el rostro. El objetivo era conseguir el efecto de agrandar los ojos. Como dice el refrán recogido por Correas, *cejas negras y ojos grandes, no hay más Flandes.*

La cosmética se centraba en el uso del alcohol, producto ya utilizado por las mujeres árabes: *... alcohol de color negro, que los latinos llaman stibium, y se hace de polvos de cierto metal, como trae Dioscórides*<sup>31</sup>. En un manual del reino de Aragón, del siglo XV, se daba una receta de *Polvos para alcoholar los ojos*, a base de *cinco dracmas de agromanía limpia y seca; y una dracma de perlas; y almizcle, alcanfor, tres granos de cada y humo de incienso, y*

<sup>30</sup> “El mundo por dentro”, Clásicos Castalia, VII, 46.

<sup>31</sup> Ibid.

*almáciga, y goma arábica, dos dracmas de cada; y una dracma de plomo fundido; lo juntas toda en un bacín y lo reducís a polvo. Y lo ponéis en los ojos*<sup>32</sup>.

Para aplicarse el alcohol, ... *con un palito de hinojo le pasan por los ojos para aclarar la vista y poner por hermosura, negras las cejas y pestañas. Y hacer mucho a la hermosura el tener los ojos negros y los cabellos de las pestañas ...*<sup>33</sup>

Existen otras muchas recetas, pero no tanto de cosmética como de tipo medicinal, es decir, que aunque contribuyeran a hermostrar a la mujer, respondían antes a la curación de una enfermedad. En el *Manual de mujeres*, por ejemplo, se da una receta de *Polvos para secar las lágrimas y aclarar la vista*.

### **Las cejas.**

Las cejas también se untaban con el mismo alcohol negro que los ojos, al igual que las pestañas. Es más, otra práctica de la que existe algún testimonio fue la de pintarse la punta de las orejas de la misma manera, o según otros testimonios con colorete.

Pero hemos de partir de que las cejas en esta época se depilan, y la pintura o tinte es la fase posterior. Para eliminar el pelo no eran necesarios productos especiales. Pero si exigía un cuidado muy común y continuado. Madame D'Aulnoy crítica con todo lo castellano, y reivindicadora de los estilos propios, no deja de poner de manifiesto la costumbre de la depilación: *La mayor parte de las mujeres se depilan las cejas, no dejando más que una línea finísima; en mi opinión nada hay más feo, pero todavía lo es más el que se peinen la mitad de la frente, a fin de que sus cejas parezcan unidas. Creen que esto es de una belleza incomparable*<sup>34</sup>. Efectivamente, tras quitarse los pelos imitaban el efecto natural de la ceja con pintura que hacían a base de sulfuro de antimonio, o con el mencionado alcohol.

El pelo se rasuraba en las cejas y en el nacimiento del cabello de la cabeza. El producto utilizado, además de cristales y *tenacillas pelacejas*<sup>35</sup>, era *una cuarta de trementina, media onza de cera nueva, una onza de almáciga. Ponerlo todo en una olla al fuego y dé dos o tres hervores que se derretirá todo. Cuélenlo por un paño delgado en una bacía de agua limpia. Y antes que se acabe de helar hacer los panecicos*.

La moda era extraña a los ojos extranjeros, entendemos que por diferente a las industrias estéticas de sus reinos, y porque, como todos ellos acaban poniendo de manifiesto, se trata siempre de una decoración de una cierta complejidad, que, en consecuencia, resta naturalidad, complicaba la imagen femenina, distorsionándola desagradablemente para alguno de estos observadores.

Conocemos dos recetas, de muy distinta procedencia, puesto que una está recogida en un tratado anglo-normando del siglo XIII y otra en un tratado hebreo, del mismo siglo, compuesto en el sur de Francia o en Cataluña, en ambas, la receta para evitar la calvicie en la cabeza o en las cejas es casi idéntica. En la primera se dice: *Verdaderamente, la sarracena de Mesina curó ante mis ojos a una mujer joven que estaba completamente calva y había perdido los pelos de las cejas. Cogió perejil y salvia, los trituró con energía y los hizo hervir en vino blanco con la grasa de tocino. Cuando estuvieron hervidos, recogió en otro recipiente la grasa que flotaba ... Se obtiene como resultado un unguento que ella utiliza para hacer una fricción: las cejas y el cabello de la joven volvieron a crecer*.

---

<sup>32</sup> *Flor del tesoro de la belleza. Tratado de muchas medicinas o curiosidades de las mujeres*, ed. Teresa Vinyoles y Oriol Comas, Barcelona, 1981, 59.

<sup>33</sup> A. Marqués, *Op. cit.*

<sup>34</sup> M. D'Aulnoy, en J. García Mercadal, .... T.IV, 101.

<sup>35</sup> Citado por J. Terrón.

Por su parte, en el texto hebreo se dice: *Para hacer brotar el cabello en cualquier lugar ... Otra receta: hierva zumo de perejil con sangre de cerdo en vino blanco y filtralo con agua. Toma la grasa que flota, mézclala con miel y úntala sobre la cabeza: brotarán los cabellos.*<sup>36</sup>

### **El rostro.**

Se entiende que el rostro debía estar limpio. Pero, como es lógico la literatura no se detiene en estas cuestiones, como tampoco la sociedad de este siglo se detiene en el concepto de higiene. Hemos de buscar en otros escritos; escritos para el mundo femenino como el *Manual de mujeres* que nos da una receta de jabón para el rostro que, por cierto, es diferente de la receta del jabón para las manos. La primera estaba compuesta por dos onzas de jabón blanco escaldado en agua hirviendo dentro de un paño, y un cuarto de almáciga, medio cuarto de incienso, y cuarto de borras y una onza de azúcar blanco. Todo ello se molía y se pasaba por cedazo, se ponía *en sus botecicos* y en cada uno de ellos *una gota de ros de bota*. Pero también da, no una sino varias, recetas de *agua para lavar el rostro*, con un elevado número de productos y un tratamiento delicado (*poned en un vaso azumbre y medio de agua que sea de río. Y echad dentro en ella unos guijarros muy calientes. Y como sean resfriados, sacádllos y ponded en el agua dos maravedís de alcanfor, y dos de atíncar, y dos de clarimente, y uno de solimán de piedra, y dos de albayalde crudo, y uno de cardenillo, y dos de jibia, y un puño de pepitas de calabazas y un poco de mirra: todas estas cosas molidas; y media escudilla de miel cruda. Poned el agua en un barril, y ponded el barril al sol nueve días, y lo menearéis cada día. Y como sean pasados los nueve días, habréis hecho vuestra agua*), y otras con productos que sin duda blanqueaban pero debían de ser muy agresivos como el bórax o el alcanfor, además del típico albayalde; y otra a base de huevos y vinagre blanco; y otra hecha a base de mosto de uva, tanto blanca como negra; sin olvidar aquella que se compone sobre todo de productos animales tales como pies de ánades crudos, carne de vaca picada, todo destilado por una alquitada.

Es más, según este mismo y desconocido autor, alguna de sus recetas recomendaban no lavarse la cara durante unos días. Es el caso del *aceite para tener frescas las caras*, que recomienda que con *el agua postrera os unguiréis una vez para siempre. Y no os lavaréis hasta pasados tres días ...* Afortunadamente, con otra parte del potingue se podían tratar siempre cuando quisiesen sin estas condiciones.

Sin ser higiene exactamente, la mujer se preocupa por quitar de su cara las manchas que surgen en su dermis y afean y envejecen. Para ello se dan una cierta untura en la cara denominada *muda* que también utilizan para las manos.

Las tradiciones asumidas por la "oralidad" femenina determinan prácticas más sencillas, de tal manera que, junto al albayalde el uso del corrosivo solimán era lo más popular.

### **El rostro y el color.**

La blancura era una máxima en los cánones de belleza de la época. Para ello acuden al albayalde, la greda y la blandura. Pero, la inicial falta de color parece que exigía además el contraste con el color rojo, al menos, de labios y mejillas. Esta es una realidad que constatan tanto la literatura nacional como los textos de autores, o autoras, extranjeras. La francesa Madame d'Aulnoy, de la que se duda de su presencia en Castilla, se recrea en describir lo que sin ninguna duda juzga como un horror estético: *... no puedo evitar deciros que las damas que vi en esta asamblea llevaban una tan prodigiosa cantidad de colorete que comenzaba justo debajo*

---

<sup>36</sup> El primer texto es de un Anónimo (*L'Ornement des Dames (ornatus mulierum)*), Pierre Ruelle ed. y estudio Bruselas, 1967, 38, citado y traducido por Montserrat Cabré i Pairet, "Autoras sin nombre, autoridad femenina (siglo XIII)", en M.M. Graña (ed.) *Las sabias mujeres II (siglos III-XVI). Homenaje a Lola Luna*, Madrid, 1995, 59-73. El segundo está recogido por Alicia Martínez Crespo en la edición del *Manual de mugeres ...*, Salamanca, 1996. Carmen Caballero Navas, *El libro de amor de mujeres: una compilación hebrea de saberes sobre el cuidado de la salud y la belleza del cuerpo femenino*, Granada, 2003.

de los ojos, pasaba de la barbilla a las orejas y a los hombros y a las manos, que jamás he visto cangrejos cocidos de tan hermoso color<sup>37</sup>. En otra misiva se reitera: *Se pintan con carmín los hombros, lo mismo que sus mejillas que las llevan completamente cubiertas. No falta tampoco el blanco, y aunque sea muy bello, hay pocas que sepan ponérselo bien y se les descubre al primer golpe de vista. He visto algunas cuya tez era muy viva y muy natural<sup>38</sup>*. Pero estas debían ser las menos en los ambientes cortesanos. Antonio Marqués relata: *Pregunté en una ocasión a una dama la causa por qué no se embarnizaba como las demás de su tierra lo hacían y respondiome y bien: Ellas, dijo, lo han menester, yo no; siendo razón por qué las otras, como carecían de hermosura natural para parecer bien, era fuerza mendigar del rosicler de los colores<sup>39</sup>*. En cualquier caso, es fácil pensar que no fueron muchas las que se sintieron tan seguras de su belleza

Las mujeres, al margen de individualidades, tenían estudiado el efecto que debía producir el rostro afeitado y para ello trataban la piel de la cara en la que se daban *granos de granada y bermellón, que los latinos llaman minium*. Este mineral fue muy apreciado por los antiguos, *no consentían los romanos que se beneficiase en España, de donde lo sacaban, porque no les hurtasen algo, sino que así en piedra, como lo sacaban de la mina, lo llevaban a Roma. Aunque ahora yo confieso que toda estima y admiración que los romanos tenían por el bermellón se ha pasado a las mujeres de España, pues le estiman y adoran como su cara. ... Y es lástima ver que no sólo las feas son las que esto hacen, sino aún las más hermosas, que pensando parecerlo más comienzan por la mañana y acaban al medio día, la mesa puesta<sup>40</sup>*.

Así pues, lo que hoy denominaríamos colorete se aplica masivamente en la corte de Madrid del siglo XVII, al menos es lo que relata esta francesa, asegurando que se lo colocaban todas las mujeres, y a lo largo tanto del día como de la noche. Al hablar de una mujer de la corte decía: *En cuanto se hubo levantado, tomó una taza de carmín con un grueso pincel, y se pintó con él no sólo las mejillas, la barbilla, bajo la nariz, encima de las cejas, y el extremo de las orejas, sino que se dio también en las palmas de la mano, los dedos, y los hombros. Me dijo que se pintaba todas las noches al acostarse y por la mañana al levantarse; que no se habría pintado y habría querido prescindir del uso del carmín, pero que era tan corriente que no era posible dejar de hacerlo, y que por mucho colorete que se diese, siempre parecía pálida y enferma al lado de las otras cuando no se pintaba<sup>41</sup>*. Se pone en duda que esta escritora de viajes hubiera pisado realmente la corte madrileña, pero sin embargo el relato puede ser aceptado, dado que se reproduce también por otros autores, aunque no con el mismo entusiasmo y contundencia. La pregunta es si el énfasis que pone en el dato tiene que ver con una costumbre que destacaría con la que mantienen otras mujeres en Francia o en otras partes de Europa. Esto se puede deducir de lo dicho por el extranjero Antonio Brunel, cuando al ver a la princesa dice: *Es una lástima que se pinte a la moda del país, porque, sin duda, si no se pusiera tanto rojo parecería más guapa; pero se ponen tanto en esta corte, que ella y la reina aún son las menos arrebatadas. Todas las demás se embadurnan sus mejillas de color escarlata, pero de una manera tan tosca, que se diría que han trabajado más para disfrazarse que para embellecerse; por eso son tan feas, que toda la pintura del mundo, puesta lo más diestramente posible no sería capaz de remediarlo<sup>42</sup>*. Este mismo autor insiste: *El pintarse es tan corriente, que no se ve una sola que no lleve la cara pintada; y se aplican tan mal el bermellón y el albayalde, que uno y otro lo rechazan a los que las miran. En fin, son generalmente feas y están ajadas, y se pintan tanto más para cubrir sus rostros variolosos que para embellecerse<sup>43</sup>*.

<sup>37</sup> M. D'Aulnoy, en J. García Mercadal, .... T.IV, 23.

<sup>38</sup> Ibid, 98.

<sup>39</sup> Antonio Marqués, *Op. cit.*, libro 2 cap. 5, 177.

<sup>40</sup> Ibid, 18-19.

<sup>41</sup> M. D'Aulnoy, en J. García Mercadal, *Op. cit.*, 90.

<sup>42</sup> Antonio Brunel, en J. García Mercadal, *Op. Cit.*T. III, 283.

<sup>43</sup> Ibid, 269.

Además del albayalde y el bermellón, la greda era otro de los productos utilizados para lograr aún mayor contraste de color. Ya la menciona Plinio, y servía *para sutilizar y volver blanca la cara y resplandeciente*. Tenía sin embargo sus limitaciones porque desaparecía con el agua, *la cual en tocándola, luego se derretía, de ahí era que ellas la huían estando con la greda afeitadas. Así las nuestras tienen grande enemiga con el agua de las lágrimas, por serlo ella de sus afeites. Traza propia del demonio para reprimir las lágrimas de pecados; y así verán que las tales lloran poco por estar siempre serenas*.

Por una u otra razón, el exceso de color al que se habían acostumbrado las castellanas de la villa y corte de Madrid, se convirtió en crítica por todos los autores. Cervantes, en *La Ilustre fregona* dice que las mujeres llevan *el rostro como si se la hubiesen jalbegado con bermellón y albayalde*. Francisco Santos es claro: *Iban estas dos aves nocturnas con mucha color en el rostro, con que encubren o disfrazan la funda gálica: muchos dicen que la vergüenza arroja colores al rostro, y según esto, ninguna de éstas tiene vergüenza, pues jamás se les ve color propio, que el que manifiestan después de compuestas es artificial*<sup>44</sup>.

Otro truco habitual era usar productos para estirar la piel, en concreto clara de huevo batido, con azúcar candé. Dice D'Aulnoy, *pregunté a una de sus doncellas lo que con aquello hacía y me dijo que era para desengrasar la piel y dar brillantez al rostro. Las he visto que llevaban la frente tan lustrosa que aquello llamaba la atención. Se diría que poseen un barniz sobre el rostro, y que la piel estaba humedecida por él y estirada de tal manera, que no dudo debe dolerles*.

La edad se intentaba disimular con estos y otros ardides, haciendo disminuir las arrugas que llegan con ella. Lupercio Leonardo de Argensola hace referencia al uso del *agua de alumbre, buena para las viejas; que quita las arrugas, que los años/ les cargan, como fuelles, en las cejas. Y ellas (¡oh ceguera!), con darse baños/ Cual parda de atambor tiran el cuero,/ como si no venciese el tiempo los engaños*<sup>45</sup>. Asimismo, en el entremés de *La ropavejera* de Quevedo<sup>46</sup> la señora Godínez acude a Doña Sancha, una mujer con establecimiento de belleza abierto al público –aunque en teoría para vender ropa vieja– para decirle que se va a casar en breve, le tranquiliza diciendo: *Yo la daré niñez por ocho días/ mas ha de hervir la cara con lejía*”. La madura casadera responde: *Herviré por ser moza un día entero/ en la caldera de Pedro Botero*<sup>47</sup>. Nada importa, o eso es lo que defienden los autores masculinos, para conseguir la belleza o el menos disimular los defectos, que tarde o temprano llegan con los años. Y en ese objetivo se asimila a suministradores de productos cosméticos con hechiceras.

También en este siglo, destaca la costumbre de colocarse en el rostro lunares postizos, en una moda que se considera nacida en Francia. Estos en origen se empezaron a colocar no con una finalidad estética en sí mismos, sino con la de encubrir las imperfecciones que en el rostro dejaba el paso de la viruela, cuyos ataques fueron tan terribles y generalizados en esta época. Como ya hemos visto, según un autor extranjero, *se pintan tanto más para cubrir sus rostros variolosos que para embellecerse*. Esta enfermedad, mortal para muchos, dejaba a aquellos que la superaban con marcas y cicatrices, también en la cara. Para ello se empezaron a colocar asimismo lunares postizos. No se trataba de falsear el defecto con la pretensión de ocultarlo, sino solo de cubrir. Por ello, los lunares adoptaron formas variadas, sin pretender ser simples lunares; se hicieron estrellas, lunas, corazones etc. Incluso la colocación llegó a tener asignada algún tipo de lenguaje colocándose cerca de la boca, o en la mejilla, según de lo que se quisiera informar, y por tanto adoptando un papel más allá del que se había pensado en su

---

<sup>44</sup> Francisco Santos, *Día y Noche de Madrid*, Discurso XIII.

<sup>45</sup> Composiciones Varias. Poetas líricos de los siglos XVI y XVII, B.A.E, t. 42, Madrid, 1951.

<sup>46</sup> Este entremés puede ser la segunda parte de *Los enfadosos*, con fecha de 1624. *Las tres musas castellanas*, Madrid, Imprenta real, 1670.

<sup>47</sup> *La Ropavejera*, 61-64.

origen. Tanto es así que se utilizó sin más como elemento decorativo –aún sin tener nada que cubrir- y se apuntaron a la misma moda incluso los varones.

El material del que se hacían era variado; seda, terciopelo, etc. Como generalmente era negros en Francia recibieron el nombre de *mouche* y se guardaban en pequeñas cajitas con espejo, como las posteriores polveras.

Sin embargo, las pecas no eran apreciadas y en el *Manual para mujeres* se da la receta para quitarlas, con *un huevo fresco*, sin clara, pero con la cáscara, pólvora de mirra y atincar, clarimete y azúcar piedra, tanto de uno como de otro. Tras calentar el huevo con una vela se echaban estos polvos y se movía con un dedo. *Ponedlo en el rostro de noche y a la mañana lavaos el rostro con lo que acostumbráis.*

Tampoco lo eran las manchas en el rostro, y para ello se propone una *medicina* mucho más compleja puesto que la composición elaborada, con flor de alacrín, entre otras cosas, había que ponerla en una redoma de vidrio y meterla debajo de estiércol de bestias y dejarla allí con medio cuello fuera, durante un mes. También se da una receta de *harinas para lavar el rostro* compuesta fundamentalmente por legumbres (habas blancas, garbanzos negros, altramuzes) y huevo, así como azúcar.

### **El rostro y la opilación.**

Todos los aderezos aplicados en las distintas zonas de la cara llevaban a tener un rostro perfecto, según los criterios estilísticos de la época. Se trataba de conseguir un rostro brillante, que alcanzaban en algunos casos, como hemos visto, poniéndose sobre la cara un huevo batido con azúcar. Pero, además había que evitar estar morena, y mantener una blancura que luego pudiera destacar aún más con el uso del carmín y el colorete. Para ello, y como nos dice el extranjero Teófilo Gautier, en Castilla, las damas, no solo olían los perfumes de los búcaros, y bebían agua de ellos, sino que se los comían. Porque el barro se podía comer en pastillas, confeccionadas con azúcar y ámbar, o directamente rompiendo las vajillas de casa. Lope de Vega en *La Dorotea*<sup>48</sup> nos dice:

*Jul.- ¿Qué traes en esta bolsilla?*

*Clar.- Unos pedazos de búcaro que come mi señora; bien los puedes comer, que tienen ámbar.*

*Jul.- No, los gasto de Portugal.*

El resultado fisiológico de ingerir barro se conocía como opilación, o lo que es lo mismo, obstrucción intestinal que acababa provocando la pérdida de la menstruación. En ocasiones, en lugar de decir estoy embarazada decían estoy opilada. Este método se utilizó sin duda con este fin, y los confesores criticaban su uso.

Otras mujeres lo deseaban solo para conseguir falta de coloración en el rostro, lo que se lograba a través de la obstrucción de los conductos biliares. Se tomaban una jarrita al día. Si era viable de barro de Extremoz, de Portugal, porque se consideraba el de más calidad, y si aún eran más sus posibilidades de Chihuahua en México, que era más fino todavía para masticar<sup>49</sup>.

Del uso del barro se hace eco en no pocas ocasiones Quevedo. Una de ellas en *La morena que yo adoré*:

*Opilose en conclusión/ y levantose a tomar/ acero para gastar/ mi hacienda en opilación./  
La cuesta de mi bolsón/ sube y nunca menos cuesta.*

*Mala enfermedad es ésta/ si la ingrata que yo adoro/ y más que mi vida quiero/ en verano  
toma acero/ y en todos los tiempos oro.*

<sup>48</sup> Lope de Vega, *La Dorotea*, Madrid, Castalia, 1987, 130.

<sup>49</sup> Quevedo, Lope de Vega, Hurtado o Zabaleta son algunos clásicos que hacen alusión al método abortivo.

Cobarrubias en su *Tesoro de la Lengua Castellana* habla de sus efectos secundarios: *destos barros dicen que comen las damas por amortiguar la calor y por golosina viciosa, y es ocasión de que el barro y la tierra de sepultura las coma y consuma en lo más florido de su edad.*

El consumo de barro no era inocuo. De hecho, después de tomarlo debían las mujeres limpiarse de este producto y para ello tomaban agua con bastante hierro, que las permitía arrastrar el limo y librarse de él. Esta práctica se conocía como tomar el acero, que era una receta posterior y necesaria. Lope de Vega habla de ello en su obra *El acero de Madrid* cuando Beltrán, criado de Lisardo, se finge médico y recomienda a Belisa beber el agua con acero de una fuente de Madrid para desopilarse.

*De no usarse la Pelada/se opiló luego al momento/ que es para comer el barro/ cualquier ejercicio honesto.*

Angélica: *La boca que a puras perlas/ dicen que come con sartas/ y por labios colorados/ los búcaros de la Maya (Alfareros portugueses).*

Esta costumbre estaba tan generalizada, quizás porque no se trata de un producto difícil de conseguir. No tenían que acudir tan siquiera a los circuitos de distribución propios de los cosméticos y todas las mujeres querían usarlo, independientemente de la edad que tuvieran. Quevedo tan aficionado a criticar a las dueñas deja testimonio de su uso por mujeres de bastante edad: *El otro día llevé yo una de setenta años que comía barro y hacía ejercicio para remediar las opilaciones y se quejaba de dolor de muelas porque pensase que las tenía, y con tener ya amortajadas las sienes con la sábana blanca de sus canas y arada la frente, huía de los ratones y traía galas, pensando agradarnos a nosotros. La pusimos allá, por tormento, al lado de un lindo deseo que se van allá con zapatos blancos y de puntillas, informados de que es tierra seca y sin lodos<sup>50</sup>.*

## El perfume.

La historia de los olores, es una de las parcelas en las que más dificultades encontramos. El buen olor entendemos hoy que parte de una noción de limpieza y que el perfume culmina una tarea de higiene. Sin embargo, los que se perfuman en el siglo XVII *engendran nueva sospecha, ... que lo hacen por encubrir los malos que de sus cuerpos salen<sup>51</sup>.*

El *Manual para mujeres* recomienda unas *Pasticas confortativas para perfumar*, compuestas de anime, lináloe, azúcar rosado, grasa, incienso y estoraque, todo ello molido en un almirez, y pasado con agua almizclada. También recoge una receta de perfumes comunes, compuesta de *siete onzas de juncia marina, ocho de albolhol remojado en vinagre blanco y sacado de vinagre, dos de incienso, un poco de láudano, otro poco de espliego, carbón de sauz preparado en vinagre blanco, lo que os pareciere. Todas estas cosas molidas, y pasadas por cedazo y juntas, amasarlas con goma de Gante remojada en agua rosada un día natural. Y después de amasada, hacer de la masa lo que quisiéredes, pebetes o pasticas.* En general las recetas de los productos de olor, aunque se recojan por escrito son el resultado de una fuerte "oralidad", derivada de las esferas de saber y prácticas asociadas a las mujeres, que recogen fórmulas de destilación, algunas de ellas procedentes de los árabes en la España cristiana<sup>52</sup>.

Las fragancias eran unas de las armas para las mujeres, que usaban de él, independientemente de la higiene y la limpieza previa. Los hombres conocían cómo las apreciaban y las incluían entre sus regalos. El perfume es de hecho uno de los presentes que hacen los galanes a sus conquistas, si bien la tía del entremés de Agustín Moreto, *Los gatillos*,

---

<sup>50</sup> *Sueños y discursos de verdades descubridoras de abusos, vicios y engaños en todos los oficios y estados del mundo.* 1627.

<sup>51</sup> A. Marqués, *Op. cit.*, cap. 9, 87.

<sup>52</sup> M. Cabré i Pairet, "Cosmética y perfumería en la Castilla bajomedieval", en Luis García Ballester (ed.), *Historia de la ciencia y de la técnica en la Corona de Castilla, vol. II. Edad Media*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 2002, 772-779.

advertía a su joven pupila que de los galanes prefiriera como dádivas los comestibles a las flores y los perfumes<sup>53</sup>.

Por lo demás, las vías de provisión eran normalmente las mismas que las de otros productos de cosmética, e incluso no faltaban recetas más o menos conocidas para conseguir agua de olor, duradero. Lo que sorprendió a la francesa D'Aulnoy, no fue que lo usaran, pues eso no era una práctica castellana sino cómo lo hacían; suponemos que en algunas ocasiones: *Una de las doncellas la perfumó de la cabeza a los pies con excelentes pastillas, cuyo humo impulsaban sobre ella; la otra la roció llenándose la boca con agua de azahar, apretando sus dientes, le hacía caer sobre ella como una lluvia. Me dijo que nada en el mundo estropeaba tanto los dientes como aquella manera de regar, pero que así el agua olía mejor, lo que pongo en duda, y me parecía algo muy desagradable el que una vieja como la que allí vi viniese a echarme por la nariz el agua que tuviese en la boca*<sup>54</sup>.

### **Las profesionales al servicio de la vanidad y de otras cosas.**

Los útiles de la cosmética se pueden comprar en tiendas, como la que existía en el Valladolid de la corte de Felipe III, muy cerca de la plaza Mayor, en otra plaza conocida como de la Costanilla. Correas lo recoge en un refrán: *Colorada, mas no de lo suyo, que de la Costanilla lo trujo*<sup>55</sup>. Francisco de Úbeda, en el *Libro de entretenimiento de la pícara Justina* (1605), dice: *envíe por blanco y color a la tienda de una amiga, con que me pueda poner hecha un papagayo real*. Pero, al menos la literatura nos habla sobretodo de una venta particular de los productos, una venta que más que ambulante podríamos denominar a domicilio, con todas las ventajas que ello conllevaba. La vendedora podía establecer un trato personal con su clienta, en el lugar y hora más conveniente, sin testigos no deseados, y todo ello permitía a ambas partes una mayor libertad, que cada una utilizaba según sus intereses.

Era este oficio de mujeres, con nombres variados y connotación de poca fama. *La Celestina* se presenta como arquetipo literario. Nos trasmite un modelo social reiterado posteriormente en otras obras de la literatura del siglo de Oro, como *la Lozana Andaluza*<sup>56</sup>. Se trata de la mujer que habiendo vivido en sus años mozos del ejercicio de la prostitución, en la madurez-vejez ha de dedicarse a servir a la belleza de otras. El original se repite en otras mujeres de la literatura del seiscientos, es el caso de Dorotea, de la obra de Lope de Vega, *La bella malmaridada*. Ella sabe muy bien que su oficio es de mujeres y para mujeres, pues al hablar de sus productos dice: *Son cosas que las mujeres/ siempre esconden a los hombres*<sup>57</sup>

El oficio de estas mujeres, según la Lozana describe era *hacer solimán y blanduras y afeytes y çerillas, y quitar las cejas y afeitar novias, y hacer mudas de açúcar candí y agua de açofeytas, y qualque buelta, apretaduras. Y todo lo que pertenesçia a su arte tenían sin falta, y lo que no sabían se lo hazían enseñar de las judías, que también bivían esta plática*.

Las alcahuetas que así ejercen dicen saber cosmética, medicina, hechicería y hasta brujería. Su reputación era peor cuando ejercían como tales que cuando lo habían hecho como ramerías; al menos entre los hombres. Estos las temían, sobre todo en sus propias casas, porque el menor de los males que podían traer era el gasto, cuando no alguno más irreparable en su honra. Francisco Santos escribe un texto que revela esta aversión de los varones a las vendedoras de vanidades femeninas.

*En esta contemplación estaban los dos amigos cuando vieron que de una casa grande salía huyendo una mujer, y en su alcance un hombre de madura edad, con una muleta en la*

---

<sup>53</sup> *Los gatillos*, ed. C.C. García Valdés, *Antología del entremés barroco*, Barcelona, Plaza y Janés, 1985, 459-481.

<sup>54</sup> Madame D'Aulnoy, en J. García Mercadal, *Op. Cit.*, 101-102.

<sup>55</sup> I. Colón Calderón, "De afeites ....", *Op. cit.*

<sup>56</sup> Patrizia Botta, "La Celestina vibra en La Lozana". Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.

<sup>57</sup> Lope de Vega, *La bella malmaridada o la cortesana*, ed. C. Andrés, Madrid, Castalia, 2001, 120.

mano, diciendo razones de las que duelen, como <<mala mujer, enredadora, que con tus embustes y tramoyas quitas la hacienda a las doncellas honradas, haciéndolas perder la inocencia, y que rocen el decoro con que son criadas. Yo os juro por estas canas de hombre de bien que si os vuelvo a ver en esta casa que tengo de hacer que os lleven a la galera, que otras con menos causa que vos estarán allá>>. Colérico estaba el buen señor, hasta que un criado le reportó y obligó con razones a que entrasen dentro. Llegose alguna gente a la mujer, como de ordinario sucede en semejantes lances y preguntada de algunos, respondió que era quitadora de vello, y que por haberla hallado quitándole a una mujer de aquella casa, sin más causa la había ultrajado aquel hombre del modo que habían visto<sup>58</sup>. Las mujeres por su parte las buscaban, las creían y las agradecían sus servicios, siendo -como veíamos en el texto anterior-, el más solicitado, el de la depilación.

Recogemos aquí un texto de un contemporáneo que parece conocer todas las costumbres y trucos de estas vendedoras de vanidades:

*Entra una de éstas en una casa de familia donde hay doncellas hijas, criadas y deudas, y algunas casadas que se agregan: en sabiendo que van esas mujeres plantan su rancho en una de las viviendas más recogidas de la casa donde menos acude al dueño de ella; siéntase muy a su gusto, y saca una cestilla de vidrios quebrados, que su intento es que ha de rapar lo parezcan; coge luego entre sus piernas una pretendiente de la hermosura, y sobre sus faldas la acomoda la cabeza. Vala quitando el vello y el bozo, señales que en el rostro de la mujer dice tiempo quieto y sosegado, y quitado dice tiempo ocasionado y revuelto: si tiene cañones, la echa un hilo con que la va repelando, que se puede creer que sufre por gusto lo que no hiciera por penitencia; en viéndola rapada, saca una redomita de agua y blandamente amortajando dos dedos en un pedazo de toca, la va lavando; pregúntala qué agua es aquélla, y responde que se llama agua costosa, que hasta entonces no se ha inventado otra mejor, que es agua que conserva el rostro limpio y sin arrugas. Mucho huyen de las arrugas las mujeres; arrugas, dobleces, poco se diferencian; bueno fuera que huyeran de ellos. Saca luego un botecillo de una masa blanda, y las da una mano para que las suyas anden francas al tiempo de la paga. Luego saca un pedacito de papel de color, y las da el colorido. Pregunta la paciente qué color es aquella que parece buena. Responde el pintor que es color oriental, hecha con sangre múrice, y que no se halla en Madrid más de en una parte. Luego saca un carboncillo, y las cejas desiertas las vuelve poblado; dice la figura que se va pintando que tiene buen negro el carbón y muy propio. A que responde el pintor: <<tal cosa tiene>>. Saca luego un palito colorado y las limpia los dientes. Pregúntanla que palo es, y responde que celeste, donde anida el ave de su nombre, cosa que apenas se halla; que conserva la dentadura firme y limpia. En estando esta figura pintada, va pintando a las demás y en poco acabando, la dice una si la quiere dar un poco de aquella agua, y es que se ha mirado al espejo, y se ha creído hermosa, que cuándo la ha de llevar por ella. Responde que con sus parroquianas no gana, ni es su intento, tal que cuatro reales; y saca una redomita de poco más de onza de agua; que en el camino compró media docena en casa de un vidriero, y las llenó de agua en el baño de una taberna, donde entró a beber un quartillo de lo de adentro, con que cría mejores colores que los que presta su papel. Cobra sus cuatro reales y la paga de la barba, y dice la otra si la quiere dar un poco de aquella masilla del bote. Sácala diciendo: <<Nadie de ustedes sabe que aderezo es éste; todo es hecho de sebo de diferentes animales>>. Dala tanto como dan por un cuarto de unguento blanco; y jugando siempre de aquello de <<con las parroquianas no gano>> la pide seis reales, y no vale cuatro cuartos, que no es más de un poco de sebo de cabrito y miel de Leganés. Otra la pide un papel de color; encarécele mucho; en fin, le saca, llevando por él dos reales, y dice:<<estos mismos me lleva por él un extranjero que los hace, que ha venido poco ha, que en Madrid no saben hacerla tan buena>>. En siendo cosa de extranjero artifice, basta para darla valor, y le cuestan a tres cuartos en casa de un portugués que vive en la puerta del Sol. Luego la piden un*

---

<sup>58</sup> Francisco Santos, *Día y Noche de Madrid, Discurso VIII*.

carboncillo; dale con interés de un real, y son carbones de sarmiento, que en las cenizas que arrojan los que queman, los coge; el palito de los dientes pide otra; excusa el darle, y por un real se ablanda, y no vale dos cuartos, que no es más de palo de sangre de drago. Todas cuantas mujeres hay en esta casa igualan en comprar, con que la rapadera saca muy buen dinero por lo que no vale nada.

Y no hablo de mil cosas que consigo traen para engañar, como pasas aderezadas, cañutillo de albayalde, solimán labrado, habas, parchecitos para las sienes, modo de hacer lunares, teñir canas, enrubiar el pelo, mudas para el paño de la cara, aderezo para las manos, con que aderezan su bolsa, y otros mil badulaques que debajo de aquella saya, alcahueta de trastos supersticiosos trae, que por no cansarte no nombro<sup>59</sup>..

Su oficio, está tan sobrevalorado por las mujeres, como lo es detestado por los hombres. Todos los ardidés para ocultar la falta de honra de las mujeres pueden pasar por sus manos: Usan las malas, en achaque de quitar vellón, que a solo él llevan la mira, el ser corredoras de deseos y vendedoras de quietudes. Entran en una casa, donde la simple doncella que la conoce la envió a llamar, doncella de las que el deseo de ser madres las trae inquietas. Mira de buena gana a un caballere de los que llaman pisaverdes, que es lo mismo que bestias en prado, no más de porque la miró, y no sabiendo cómo enviarle a decir lo bien recibido que está en su corazón, se allana y facilita por medio de estas santas mujeres, pues con su achaque de rapar, rapan la honra, sin atender al fin que puede tener, no mirando más de su provecho, chupando a cada uno de por sí cuanto pueden; y suelen usar esta correduría en casa donde no hay marido que no repara en nada; y no cesa aquí su mal trato, que también, para quitar mejor el dinero a las simples corderas, se fingen que saben la diabólica invención; y para que lo crean, traen en una bolsa al lado de su falso corazón unos palillos, y en cada uno pintada la figura que las parece, con una mixtura que hacen de alumbre de roque batida con agua, con que pintan cosas que no se ven si no echan en el agua. Llamán a la mujer simple en parte que la soledad las haga compañía, y dicéla: <<Fulano te adora y por tí se muere, y si le quieres ver, yo me atrevo a que lo logres al punto>>. <<¿Cómo puede ser?>> dice la mujer. Y el astuto engañador pide que le traiga un caldero de agua. Va la simple mujer a por él; y en el interin saca la embustera un papel, donde trae pintada de infame mano una figura que parece de hombre; enseñalá el papel en blanco, y luego la echa en el agua, y se ve lo pintado; espántase de lo que admira y no del demonio que lo hace: saca luego unos naipes, que dice es una baraja que arrojó colérico el tahur, y que así han de ser para la suerte que pretende hacer; y con ellos forma unos juegos con que emboba a la simple mujer. No excusan hacer otros embustes, con que dice que no la olvidará, valiéndose de monedas arrojadas y cosas semejantes<sup>60</sup>.

Mujeres generalmente de dudosos orígenes o de pasado cierto, farsantes que desarrollan un negocio fraudulento, encubridoras de encuentros prohibidos de doncellas y casadas, con hombres, partícipes y propiciadoras de abortos, ejecutoras de prácticas heterodoxas, que rozan la nigromancia. Todo ello se refleja en la literatura, como se refleja el deseo de las mujeres por contar con su ayuda, su ansia por creer en la bondad de los engaños que se las venden.

.....

La mujer ha recurrido a lo largo de la Historia a productos para transformar su naturaleza, tratando de mejorar el aspecto físico, según los criterios estéticos imperantes en cada momento. Esta práctica secular ha sido objeto, también a lo largo del tiempo, de diferentes enfoques por parte de los hombres. En el siglo XVII, sin duda son numerosos los textos y las líneas que se dedican a valorar esta costumbre, muchas más, por ejemplo, que aquellas que se destinan a informar sobre como engalanarse o afeitarse. En general la literatura de todo tipo se

---

<sup>59</sup> Ibid.

<sup>60</sup> Ibid.

debate entre la condena de confesores y teólogos y la ridiculización de los autores de novela y teatro, pero en el fondo subyace un debate sobre aquello que hoy llamamos belleza exterior versus belleza interior. Debate masculino, que busca optar por una de estas fórmulas, sin aceptar que ambas pueden compaginarse y darse en una misma persona.

No obstante, los hombres de esta centuria (aquellos que escriben), nos dejan una idea sobre los afeites vinculada a la artificiosidad y a la fealdad, insistiendo en que las mujeres no llegan a conseguir el efecto deseado, sino al contrario, identificando afeites casi con afeamiento o al menos con falta de distinción. Fray Luis de León cuando alababa la pluma de Santa Teresa de Jesús lo hacía calificándola de *elegancia* desafeitada. Luciano de Somosata, según Antonio Marqués, aseguraba que era más fácil ocultar un elefante debajo del sobaco que una mujer disimular el afeitado de su cara. Quizás, porque según se expresa con unanimidad en la literatura, no era un adorno sutil sino una cortina que apartaba el verdadero rostro del mundo. Quevedo, por su parte, avisaba: *Pues sábete que las mujeres lo primero que se visten, en despertándose, es una cara, una garganta y unas manos, y luego las suyas. Todo cuanto ves en ella es tienda y no natural. ¿Ves el cabello? Pues comprado es y no criado. Las cejas tienen más de ahumadas que de negras, y si como se hacen cejas se hicieran narices, no las tuvieran. Los dientes que ves, y la boca, era de puro negra un tintero y a puros polvos se ha hecho salvadera. La cera de los oídos se ha pasado a los labios y cada uno es una candelilla. ¿Las manos pues? Lo que parece blanco es untado; ¿Qué cosa es ver una mujer que ha de salir otro día a que la vean echarse la noche antes en adobo y verlas acostar las caras hechas cofines de pasas, y a la mañana irse pintando sobre lo vivo quieren!; ¿Qué es ver una fea o una vieja querer, como el otro tan celebrado nigromántico, salir de nuevo de una redoma!; ¿Las estás mirando? Pues no es cosa suya. Si se lavasen las caras no las conocería. Y cree que en el mundo no hay cosa tan trabajada como el pellejo de mujer hermosa, donde se enjugan y secan y derriten más jalbegues que sus faldas. Desconfiadas de sus personas, cuando quieren halagar algunas narices, luego se encomiendan a la pastilla y al sahumero o aguas de olor, y a veces los pies disimulan el sudor con las zapatillas de ámbar. Te digo que nuestros sentidos están en ayunas de lo que es mujer y ahitos de lo que le parece. Si la besas, te embarras los labios; si la abrazas, aprietas tablillas y abollas cartones, si la acuestas contigo, la mitad dejas debajo la cama en los chapines; si la pretendes te cansas; si la alcanzas, te embarazas; si la sustentas, te empobreces; si la dejas, te persigue; si la quieres te deja<sup>61</sup>.*

El temor de los hombres a no ver lo que realmente hay tras el cortinaje de los afeites es un motivo reiterado en la literatura. Quevedo, con su ironía misógina reitera este prejuicio, una y otra vez, para recordar que lo que las mujeres representan es pura apariencia: *y veo una muchedumbre de mujeres, unas tomándose puntos en las caras, otras haciéndose de nuevo, porquen ni la estatura en los chapines, ni la ceja con el alcohol, ni el cabello en la tinta, ni el cuerpo en la ropa, ni las manos con la muda, ni la cara con el afeitado, ni los labios con la color, eran los que con ellas nacieron. Y vi algunas poblando sus calvas con cabellos que no eran suyos sólo porque los habían comprado. Otra ví que tenía su media cara en las manos, en los botes de unto y en el color<sup>62</sup>.*

Pero, ciertamente esta crítica masculina no puede responder a la realidad. ¿Realmente todos los varones optaban por una hermosura natural?, ¿todas las mujeres carecían de una armoniosa y estudiada naturalidad con el uso de los cosméticos?, ¿todas alcanzaban la caricatura y el esperpento? De ser así las mujeres se acicalarían no para gustar a los hombres, tal y como se dice en sus mismos escritos, sino para gustarse a sí mismas y a otras mujeres, y esta realidad no se compadece que aquellos escritos en los que se afirma que el hombre cae

---

<sup>61</sup> Francisco de Quevedo, *Sueños y discurso de verdades descubridoras de abusos, vicios y engaños en todos los oficios y estados del mundo*. 1627.

<sup>62</sup> Francisco de Quevedo, *Sueños y discursos de verdades descubridoras de abusos, vicios y engaños en todos los oficios del mundo*, 1627

con más facilidad en los brazos de la mujer afeitada que en los de la mujer que lleva su naturaleza sin ningún retoque ni artificiosidad. O acaso ¿no es esa una de las críticas que se hace a la mujer afeitada, que cambia la naturaleza que Dios la dio para engañar al varón?.

Y para evitar esta práctica se recurre de forma insistente a atemorizar a las mujeres, con un alegato recurrente también en todo tipo de literatura, y es la maldad que encubren los ungüentos que ellas usan para embellecerse. La cuestión es que esas galas las llevaban a deteriorarse físicamente. *Las afeitadas se hagan en breve tiempo viejas, pues es verdad que el afeitado les marchita el buen color y mata la gracia natural, cómeles el lustre de la cara, causa arrugas en ellas, ennegrece y destruye los dientes y encías, las pára más sucias que un muladar y hace otras pesadas suertes en todo el rostro*<sup>63</sup>.

La alternativa al uso y abuso del afeitado pudo estar en la higiene, pero como bien sabemos este es un tema que no encontrará su fortuna hasta la ilustración. Solo algunos autores como Fray Luis de León hacen alusión explícita a la necesidad de mantener unos niveles de limpieza. Considera que la limpieza favorece entre otras cosas a las relaciones de los esposos, que no repugnen a sus mujeres por el mal olor. La limpieza –decía– *es un negocio ... que la mayor parte del está puesto en su cuidado y voluntad; y negocio de cualidad, que aunque no es de las virtudes que ornán el ánimo, es fructo de ellas, e indicio grande de la limpieza, y buen concierto que hay en el alma. ... así que si no es virtud del ánimo la limpieza y aseo del cuerpo, es señal de ánimo concertado, y limpio y aseado, a lo menos es negocio y cuidado necesario en la mujer para que entre en ella y el marido se conserve y crezca el amor, si ya no es él por ventura tal que se deleite y envíe en el cieno. Porque ¿cuál vida será la del que ha de traer a su lado siempre en la mesa, donde se asienta para tomar gusto, y en la cama, que se ordena para el descanso y reposo, un desaliño y un asco que ni se puede mirar sin torcer los ojos, no tocar si atapar las narices?*

Ese mal olor es el que también con frecuencia se dice que desprende una mujer afeitada. Conociendo las fórmulas aplicadas para conseguir los ungüentos es fácil considerar que así debió ser, por ser una combinación de productos naturales, algunos de ellos de muy difícil conservación, tales como el sebo y otros de origen fundamentalmente animal.

Artificio, dolor y penitencia, mal olor, problemas posteriores de salud, engaño, ofensa a Dios, distracción de actividades más santas o más productivas, derroche de las economías familiares, son algunas de las críticas que esta costumbre femenina, y no sólo femenina, tuvo en el seiscientos. Pero, el engaño femenino, que algunos autores parecen querer hacer ver que es la ocupación fundamental de la mujer –el llamado por Antonio Marqués– *mundo mujeril*, es también el centro de una industria de numerosos elementos, movida esencialmente por mujeres.

---

<sup>63</sup> Antonio Marqués, *Op. cit.*, Libro I, 15.